

**CONFABULAR UN DICCIONARIO Y CREAR  
COMUNIDADES INSURGENTES. EL CASO DE *EAM INTRA  
HABES*: VEINTE DEFINICIONES QUE NO VAS A  
ENCONTRAR EN EL *VOX*.**

Belisario Zalazar



La lengua puesta en movimiento discurre, produce discursos. Acontecimiento azaroso, el discurso circula con su pesada materialidad provocando efectos rizomáticos, novedades que chocan contra el universo más o menos rígido de lo ya dicho. Toda sociedad, enunciaba Foucault en 1970, intenta conjurar, controlar, organizar los poderes aleatorios, inesperados de ese “hecho lingüístico” cuya sombra acecha desde un futuro temido, el orden de lo establecido. A partir del momento, y no estoy pensando en un hipotético origen, en que el discurso adviene desde ese fondo incierto, los bordes de lo decible se trastocan. Y si hay bordes es porque existe una *base institucional* que ha operado y opera construyendo esos mismos bordes. Los procedimientos de control y delimitación son varios y se yuxtaponen muchas veces con el objetivo de crear la *ilusión de continuidad y coherencia discursiva* que teje los lazos sociales en sus diferentes prácticas, las cuales coagulan en diferencias de clase, género, nacionalidad, disciplinas, etc. La domesticación del azar efectivamente invisibiliza la instancia singular del

<sup>1</sup> FOUCAULT, Michel (2005). *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets.

ZAINA, E. y MONTI, G (coord.) (2016) *Eam intra habes: veinte definiciones que no vas a encontrar en el VOX*. Bahía Blanca, Hemisferio Derecho Ediciones.

discurso en tanto realidad material, pues “el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse”(Foucault, 15). El discurso nunca es uno, la lengua en acto es heterogénea, variada, polifónica. El discursar es en sí desorden, malentendido, cruce, corte, discontinuidad.

Inventariar un diccionario, normalizando los sentidos sociales al crear una ecuación entre *un* significante y *un* significado es uno de esos procedimientos de control del que hablé anteriormente. Este procedimiento no solo fija, establece, instituye, sino que selecciona, y por medio de esta operación excluye y prohíbe palabras y usos posibles asociados a esas palabras (los sentidos de un enunciado son el uso que un colectivo efectivamente “ejecuta”). El diccionario como aparato de control dirigido a un público lector determinado, funciona como una de las formas de orientación centrípeta de la variación discursiva, que a su vez se inserta en una red de circulación y distribución tensada por las luchas sociales, económicas y políticas. Diccionarios como el Vox Latín-Español, o el diccionario de la lengua española de la RAE son parte de un cuerpo institucional constituido por un grupo de sujetos de carne y hueso con ideologías e intereses políticos y económicos particulares. En el caso del diccionario Vox, ideado para “atender las necesidades de los estudiantes religiosos” (Bianco et al.; 2016: 6) la ilusión de *continuidad* y *homogeneidad* se logró inmunizando el vocabulario asociado a la lengua sexual y erótica. La carne, sabemos, es el territorio del pecado, la instancia profana que nos mantiene alejados de Dios luego de la Caída. Poemas latinos como los de Catulo, o aquel *graffiti* pompeyano que celebrara en su tiempo a un tal Narcissus por haber elevado el chupar pijas al nivel de arte excelso, no podían ni debían ser leídos en los espacios de enseñanza donde el Vox era una herramienta de conocimiento del mundo latino. Podemos hablar de una *política del olvido* por borramiento de segmentos del discurso social latino: la lengua del sexo y el erotismo. Borrar los rastros de la carne deseante para que el alma se eleve ingrávida, libre del peso sofocante de una verga dura, o de una concha húmeda. En este caso la exclusión, la producción del borde eclesiástico, se hace para contener lo que ese muro ocluye, aquello que pone en peligro la pureza de las almas estudiantiles en su camino hacia el conocimiento de Dios. El culo, el escroto, el clítoris, el encuentro entre los cuerpos: culear, pajarase solx o acompañadx, chupar, lamer, besar un choto, una teta, etc. se yerguen como el peligro que viene a desordenar *un* orden del discurso. El Vox se levanta “contra esa masa de cosas dichas, contra la aparición de todos esos enunciados, contra todo lo que puede haber allí de violento, de

discontinuo, de batallador, y también de desorden y de peligro, contra ese gran murmullo incesante y desordenado de discurso” (Foucault: 51).

Sin embargo, si hay fuerzas centrípetas que ciertas instituciones movilizan para normalizar y ordenar el magma discursivo de una sociedad dada, significa que existen, sea virtual o activamente, fuerzas centrífugas, movimientos aberrantes que resisten y ejercen presión sobre ese orden, sobre ese sistema de baja entropía. *Eam intra habes. Veinte definiciones que no vas a encontrar en el Vox* puede leerse como una política de restitución de la lengua sexual latina. El libro hace las veces de aparato, en el sentido de dispositivo técnico que permite el aparecer de una cosa. Asimismo, este aparato está inserto en una red de aparatos, y dentro de ella se nos aparece como un diccionario. Pero se trata de un diccionario extraño. No sólo por cobijar la lengua sexual, sino porque es un diccionario *confabulado*, ficcionado por muchos, firmado por varias manos. En lugar de inventariar este aparato inventa e imagina recogiendo los usos. El significado no es aquí una definición (ecuación, bordes nítidos), sino una invención que desborda, que abre y prolifera, que recoge los *usos sociales*, los mezcla, creando catálogos, narraciones, máximas, etc. El poder dictatorial del diccionario, puesto en cuestión, se diluye. La confabulación sedimentada en forma de libro impreso desborda tanto el orden del discurso teológico asexuado como la idea de diccionario. La imaginación plebeya, un fabular en común, crea un *espacio de encuentro* no sólo entre los autores, sino entre el mundo latino y el de aquellos que se acercan a leer a Catulo, Marcial o el *graffiti* pompeyano. Ese espacio, esa es la propuesta, puede pensarse como un catalizador de comunidades heterogéneas donde el lenguaje en uso no se petrifica en una fórmula estandarizada, en un significado/regla que homogeneíza el discurrir de la lengua. Este espacio genera redes de alta intensidad entre los sujetxs incolucradxs, donde la lengua del sexo erotiza la lengua misma, la calienta. Y calentar un sistema, un orden de cosas, es poner en movimiento sus elementos, dinamizarlos, desordenarlos. Lo que se quería desde ciertas instituciones fuese un orden un frío, de equilibrio termodinámico, se transforma en un estado de alta entropía, en un sistema descentralizado de constreñimientos diría Manuel De Landa.

Diccionarios como el *Eam intra habes* y el *Diccionario Sin Coronita* confabulado a partir de este Encuentro aquí en Córdoba, son espacios confabulados, catalizadores de comunidades insurgentes. Como aquel que grabase en una pared pompeyana *Narcissus fellator maximus*, este diccionario que nos posibilita leer la riqueza erótica del graffiti, al mismo tiempo invita a leer, escribir y desordenar los espacios por los que la palabra o el discurso circulan. Escribir la ciudad. Calentar la lengua mediante la *erótica insurgente*

puede ser el comienzo de una política de alta entropía discursiva. El graffiti que estuvo como telón de fondo de esta intervención, creo, es parte de esa política. Y nosotros, estos días, reunidos, confabulando este *I Encuentro Internacional: derechos lingüísticos como derechos humanos*, le estamos diciendo a los Reyes, la RAE y Macri: La tienen adentro, váyanse a la mierda culiadazxs!!!